

LA VUELTA AL HERMETISMO. UNA DEFENSA DE LAS HUMANIDADES

Arnau Navarro, Juan¹

1: Grado Relaciones Internacionales
Faculta de Ciencias Sociales
Universidad Europea de Valencia
C/ General Elio, 10. 46 010. Valencia
e-mail: JUAN.ARNAU@UEM.ES, web: <http://valencia.uem.es>

Resumen. *Dentro del marco general de las jornadas, “Educar para transformar”, me gustaría hablar de un tema que se está discutiendo actualmente en la política universitaria y que en el marco de este congreso se encuentra relacionado tanto con el desarrollo de las competencias como con la educación en valores para el desarrollo sostenible. En concreto se trata de la cuestión del papel que deben tener las humanidades en la educación universitaria.*

Palabras clave: Política Universitaria, Humanidades, Educación en Valores, Desarrollo Sostenible.

1. INTRODUCCIÓN

Desde hace unas décadas los gestores de la investigación en el área de las humanidades vienen elaborando reglas en las que no favorecen el talante intelectual ni la creatividad. Todo ello es consecuencia del servilismo de las ciencias humanas a las ciencias del laboratorio, que han encontrado en el *paper* el modelo apropiado para medir la “aportación” que lleva a cabo un trabajo científico.

2. HUMANIDADES Y CIENCIAS EXPERIMENTALES

A pesar que la idea de la ciencia como conocimiento acumulativo fue desmentida hace medio siglo por los trabajos de Thomas Kuhn y otros sociólogos de la ciencia, los gestores científicos sigue aferrados a ese modelo cuantitativo del conocimiento, como si todas las líneas de investigación fueran coherentes y convergentes en un mismo, como si todas ellas trabajaran en la misma dirección y tuvieran los mismos objetivos, como si

los investigadores, con sus teorías y experimentos, no crearan realidades, no configuraran sus propios objetos de conocimiento y se dirigieran a lo que está ahí fuera, el mundo natural, accesible a todo aquel que quiera conocerlo.

A pesar de que desde finales de la Edad Media que el caudal de conocimiento científico empezó a pasar de los monasterios a las universidades, el escolasticismo académico sigue adoleciendo de los mismos inconvenientes que en aquella época en la que el tutelaje, los dogmas y la pertenencia a un orden marcaban el destino del trabajo científico. Los dogmas de la ciencia son hoy numerosos, pero aquel que se atreva a denunciarlos corre el riesgo de ser excluido de los mecanismos habituales de difusión y legitimación del conocimiento.

Decía Richard Rorty a propósito de las disciplinas científicas que el investigador debe someter su propia imaginación a la de una comunidad de investigadores. La comunidad te protegerá y legitimará si acatas esa ley no escrita, pero te abandonará si vas por libre.

Ese abandono supone en ocasiones la renuncia a cátedras, premios, financiación y cualquier tipo de reconocimiento institucional, desde una reseña en una revista de impacto hasta incluso el premio Nobel.

En la actualidad esta situación, especialmente grave en las ciencias experimentales, empieza a ser incorporada a las humanidades. Hoy cada vez son más raros los científicos periféricos, que habitan los alrededores de la ciudad de la biología, donde la ley y la demarcación territorial están menos definidas, donde la circulación no está tan restringida y donde los caminos, a diferencia de las avenidas del centro, pueden llevar a lugares insospechados. Esto, claro está, repercute en las posibilidades mismas del alcance y la naturaleza del conocimiento científico. El viejo hermetismo medieval parece haber resucitado.

3. ENSEÑANZA SUPERIOR Y HUMANIDADES

Y esa situación descrita anteriormente, tiene su reflejo en el ámbito de la pedagogía y de la enseñanza de las ciencias en la educación superior. Si bien es cierto que las universidades europeas nunca se despojaron del todo de su origen monástico y de su carácter endógeno, también lo es que en el último siglo muchos de sus miembros se incorporaron a los debates públicos y que la historia de la cultura no podría entenderse sin sus aportaciones.

Sin embargo, como señala Rafael Argullol en un artículo reciente (“La cultura enclaustrada”, *El País*, 05/04/2014), “en los últimos lustros, y de un modo increíblemente acelerado, se ha producido una suerte de inversión de tendencias, a partir de la cual la universidad ha tendido a replegarse sobre sí misma, como si añorara, en un modelo laico, su antiguo origen monástico.

Paradójicamente este repliegue se produce en el momento en que las tecnologías de la comunicación, como en el Renacimiento la imprenta, podrían facilitar la expansión de las ideas mucho más allá de los circuitos universitarios.” Este retraimiento que denuncia Argullol es consecuencia “de un nuevo anti intelectualismo que se ha asentado poderosamente en la vida social y política de principios del siglo XXI”.

¿En qué consiste, a mi entender, este nuevo anti intelectualismos? En primer lugar en el sometimiento de las humanidades a los procedimientos y metodologías de las ciencias de laboratorio. Un ejemplo sencillo podrá aclarar lo que queremos decir. Pongamos el caso de la filosofía. La filosofía es el ámbito de la experiencia, no del experimento. Es claro que en los dominios de la experiencia se incluyen los del experimento (o que la experiencia es un “experimento con uno mismo”), de ahí que, tradicionalmente, la filosofía haya tenido un acceso legítimo al laboratorio para analizar lo que allí ocurre, permiso renovado a principios del siglo pasado con el auge de la física cuántica.

Pero en nuestros días el laboratorio, que antes era un lugar restringido a un tipo particular de experimentos (interesados en lo cuantitativo), y a un tipo particular de experiencias (generalmente tediosas y mecánicas), domina todos los ámbitos del conocimiento. Lo cuantitativo (el número) se ha apoderado de lo cualitativo (la emoción). No es pues de extrañar que hoy la antropología dominante sea una antropología mecanicista, donde el sujeto se encuentra a merced de descargas neuronales y programas genéticos.

El automatismo del laboratorio nos ha hecho a todos autómatas. Por eso la filosofía debe hoy desembarazarse de dicha antropología, en lugar de plegarse a ella, como hacen actualmente las corrientes dominantes del pensamiento. A la filosofía le interesa el hombre entero, vivo, no el hombre descompuesto o el cadáver.

Algunos filósofos como Berkeley o Bergson se han opuesto a la idea de que la sensación pueda cuantificarse. No es posible medir magnitudes que no es posible superponer, tanto las emociones estéticas como las afectivas son esencialmente cualitativas. Se encuentran preñados de mil sensaciones, sentimientos e ideas, colorean el conjunto de la vida psíquica y no es lícito (ni posible) cuantificarlos. Tres lámparas no producen una impresión visual tres veces más intensa. Un calor más intenso es, estrictamente, otro calor. Quizá el actual dominio de lo cuantitativo en las sociedades tecnológicas modernas no sea sino una manifestación más del postcapitalismo, del poder del dinero y del acoso de la economía financiera a la economía real.

Las disciplinas científicas en el mundo anglosajón tienden a hacer primar el mecanismo sobre la intención, lo físico sobre lo funcional (un propósito encubierto de objetividad). En esto se ve claramente la influencia de la física, los biólogos moleculares y los neurocientíficos se las ven constantemente con organizaciones funcionales, y han sido entrenados para reemplazarlas por mecanismos físicos.

Toda referencia a la intención o al deseo se considera heurística (palabra griega que significó indagación o descubrimiento y que ahora se utiliza para referirse a todas aquellas soluciones por tanteo, vagas o poco rigurosas). En general se cree que el universo no siempre tuvo propiedades entencionales, sino que éstas emergieron de lo físico, pero al menos reconoce que hoy el mundo está preñado de lo entencional, siendo más necesario que nunca explicar (y no soslayar) esa condición de las cosas.

Cualquier intento, por parte de las humanidades, de refutar los modelos computacionales de la mente y dismantelar la analogía del ordenador: su agencia aparente es la agencia desplazada de un diseñador humano, es considerado anatema.

Willard. O. Quine estaba convencido de que el mayor logro de Darwin había sido refutar la causa final de Aristóteles, pero la neurobiología actual la resucita, modificándola, adaptándola a los principios inviolables de la física. La maquilla para que sea de nuevo aceptada en el mundo enajenado del azar y el poder tecnológico.

Todo esto ha conducido a que el humanista sea arrinconado por el burócrata, o mejor, por el gestor científico, figura que prolifera por doquier en el ámbito universitario. El gestor científico es aquel que establece los criterios que rigen el funcionamiento de la investigación en el microcosmos académico.

Hasta hace poco lo que se valoraba en un profesor, al margen de sus dotes como investigador, era su magisterio docente y la publicación de libros relevantes en su área de conocimiento. Tarea decisiva para producir una ósmosis entre el ámbito académico y el ámbito social y político. El libro era un elemento básico en la vertebración de la cultura y, simultáneamente, un desafío que debía afrontar el investigador. La cultura europea está llena de ejemplos de estos trabajos. Sin embargo, debido a la influencia creciente de las ciencias de laboratorio, la mayoría de los investigadores en humanidades ha descartado la escritura de libros para concentrarse en la producción de papers que contribuyan a la “acumulación” del conocimiento.

El aspecto cuantitativo es aquí la vara de medir. ¿Qué aporta su investigación al estado actual de la cuestión? Esa es la pregunta habitual a la que debe responder un trabajo científico. La presión institucional en este sentido es más que evidente. El paper, en las humanidades, es ese texto hermético destinado a revistas de impacto que obtura las vías del riesgo y la creatividad. Ese es el umbral que debe atravesar el investigador si quiere ser evaluado positivamente por los gestores de la institución académica a la que pertenece o a la que quiere incorporarse.

El pernicioso efecto que para la creatividad y el conocimiento tiene esta situación es enorme. El investigador debe de dedicar la mayor parte de su tiempo a entender las reglas, la jerga y las artimañas de este pequeño mundo académico, que se complace en su rigor, y que esconde una naturaleza endogámica que impide la crítica intelectual interdisciplinar, el diálogo y la participación en los asuntos que verdaderamente preocupan a una sociedad. En este contexto los modelos educativos de las universidades

y el profesorado que implanta esos modelos tiene un papel que jugar: el fortalecimiento de un espíritu libre y crítico, mediante las competencias y valores que aseguren una visión cabal de la naturaleza del conocimiento, tanto en las humanidades como en las ciencias experimentales.

4. CONCLUSIONES

En general los investigadores en humanidades hoy en día se comportan como boy-scouts del método científico: como si todas las disciplinas científicas marcharan en la misma dirección, como si todas ellas colaboraran entre sí y tuvieran lenguajes coherentes. Como si, en su carrera, las disciplinas científicas no estuvieran buscando constantemente estrategias de legitimación para imponer sus propios enfoques y metodologías. Como si todas ellas estuvieran construyendo un mismo objeto y no objetos diferentes que ponen en liza junto con sus vocabularios y sistemas conceptuales excluyentes. Como si su construcción fuera una tarea neutral e inocua. Como si hubiera átomos dentro de la célula. Como si no hubiera pleito entre hablar de células, partículas, personas o sociedades. Como si las teorías no fueran ventanas. O como si todas ellas se asomaran a una misma realidad.

Cualquiera que conozca un poco las metodologías científicas sabe que si se prepara un experimento de laboratorio para observar los hábitos y transacciones de la célula, el experimento mismo (la ventana) nos oculta el átomo que supuestamente la compone.

Para ver el átomo hay que asomarse por otra ventana, curiosamente abstracta (la ecuación de Schrödinger) y a experimentos en los que la célula es simplemente una quimera. Podemos ver la célula o podemos ver el átomo, pero no los dos a la vez.

Una visión oscurece la otra y nos vemos obligados a elegir. Supongo que con todo lo dicho queda clara la propuesta de esta ponencia: la antropología filosófica. Desde ella puede verse una infinitud finita, con sus membranas dinámicas y traspasables por el arte, el lenguaje o las emociones. Y de eso es precisamente de lo que se ocupan las humanidades.

Algunas aproximaciones en esta línea se encuentra en los planteamientos de algunos neurobiólogos (Terrence Deacon, por ejemplo) sobre lo ausencial. Intentos nobles, pero excesivamente ingenuos, de borrar la frontera entre las ciencias y las humanidades.

Pero estos intentos están destinados al fracaso. Con su propia metodología cavan obstinadamente en la zanja que las separa, empecinados en buscar en el lugar equivocado, sobrevolando la física de partículas y la biología molecular, la química y la neurología cognitiva, como si todas ellas mostraran un mismo mundo. Haría falta un curso rápido en historia de la ciencia para advertir estas estridencias.

La teoría del todo, la solución total, física o biológica, tan en consonancia con la era tecnológica y el *business* de la ciencia, es la gran estafa o la gran ingenuidad (a veces se confunden), no exenta de vanidad.

Es curioso como pervive en ella el platonismo (tan denostado, por otra parte). La metáfora del reloj, del mecanismo único y constante, inalterable, sigue siendo efectiva. Quizá las leyes del mundo puedan cambiar. Todo dependerá de hacia donde vaya el mundo. Si las personas cambian (de mito, de consigna), ¿por qué no habría de hacerlo el universo?

5. REFERENCIAS

Argullol, R. (2014). La cultura enclaustrada, El País, 05/04/2014.

Bergson, H. (2012). *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Salamanca, Sígueme.

Berkeley, G. (1992) *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Madrid. Alianza. 1992.

Berkeley, G. (1990). *Tres diálogos entre Hilas y Filonus*, trad. Concha Cogolludo. Madrid, Alianza.

Berkeley, G. (1993). *De Motu*. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filosofía.

Deacon, T. W. (2013). *Naturaleza incompleta. Cómo la mente emergió de la materia*. Barcelona, Tusquets.

Heisenberg, W. (1997). *Cuestiones cuánticas. Escritos místicos de los físicos más famosos del mundo*. Barcelona, Kairós.

Rorty, R. (1992). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Madrid, Paidós.